

LA HISTORIA DE UN MUSEO DE HISTORIA

Nacimiento, muerte, resurrección y transfiguración del museo de Historia y Bellas Artes.

Por Guillermo Grajeda Mena
Fotos de Erwin Ericastilla

Lo que vamos a ver en estos apuntes, es un vía crucis que como cosa extraña nació en un Calvario y murió en una Aurora.

El caso es éste: El Museo Nacional de Historia y Bellas Artes de Guatemala fue fundado en el antiguo edificio de la Iglesia del Calvario, por lo que el pueblo llamó a este museo, el Museo del Calvario. Su edificio estaba en la cúspide del cerro que marcaba, en la parte sur, al final de la Calle Real de la ciudad. Su inauguración se llevó a cabo el día 10 de noviembre de 1934, el día del cumpleaños del Presidente de la República, General Jorge Ubico. En aquel tiempo todas las cosas interesantes, o que se estimaban como tales, se inauguraban el día en que nuestro mundo estaba de fiesta por este acontecimiento. Estos actos, a todas luces eran un pretexto para quedar bien con el mandatario y todos los años en esa fecha era lo mismo. Muchas cosas que se inauguraban ese día no eran muy interesantes pero el caso que nos ocupa si era de un gran interés, por qué se trataba de una institución oficial que reunía valiosas colecciones de obras de arte, objetos y documentos históricos nacionales. Algunas de estas piezas habían estado años antes en el Palacio de la Reforma que se fundó durante la administración del General José María Reyna Barrios, y que fue destruido por los terremotos de 1917 y de 1918, así también tenía obras pictóricas de las colecciones de Instituciones de oficiales y de la propia iglesia del Calvario. Allí estaban igualmente documentos, reliquias y obras de arte, de diferentes épocas, de colecciones particulares en las que se destacaban, la de Don Justo de Gandarias y la del Obispo Don Luis Montenegro y Flores, cuya colección poco después fue adquirida por el Estado, según Acuerdo Gubernativo de fecha 29 de mayo de 1935 en la cantidad de Q. 15,000.00. En ese mismo año fue fundada la Sociedad de Amigos del Museo Nacional, la cual trabajó durante muchos años en favor de esa institución.

En el año de 1947, cuando se pensaba que las ideas dictatoriales ya habían pasado a la historia, como piezas de museo, la Municipalidad había recobrado su autonomía y por lo tanto no estaba sujeta a los caprichos del Poder Ejecutivo, es cuando empieza el calvario de “El Museo del Calvario”. Como no se encontró un edificio que pudiera alojar a todos los objetos del museo, se dispuso arrumbarlos en el Salón No. 6 de la Finca Nacional La Aurora y en uno de los salones del Hipódromo de aquel lugar. Allí vimos a los grandes cuadros de Tomás de Merlo, entre los lazos que airaban la ropa tendida de la familia del guardián. En una de las pinturas aparecía Cristo, caído con la cruz a cuestas, rodeado de la chusma judía y de los soldados romanos, entre los que figuraban algunos montados en briosos corceles que parecían haber sido sacados de las caballerizas que estaban a pocos pasos de los cuadros. En una falta de respeto a la obra de arte y al contenido religioso, bajo el tremolar de las ropas domésticas, pululaban niños, perros, gallinas y gatos.

En 1950 el Instituto de Antropología e Historia ordenó el traslado de muchas de estas piezas coloniales al antiguo edificio de la Universidad de San Carlos, en la ciudad de Antigua Guatemala, para que formaran el Museo Colonial. Y así aquellas obras que en el siglo XVIII se vinieron huyendo de los terremotos de aquel entonces, en carrromatos tirados por bueyes, ahora

regresaban sobre camiones movidos por gasolina, huyendo de los peligros de la vida de la Nueva Guatemala.

Tres años después, es decir en 1953, con motivo de celebrarse una feria nacional, en los terrenos de la Finca Nacional La Aurora, se restauró allí el edificio que hasta entonces ocupaba el Destacamento de la Policía, a efecto de instalar en él, el Museo de Historia y Bellas Artes; habiéndose encargado de los trabajos arquitectónico al Ing. Luis Schlessinger Carrera y del montaje artístico al Escultor Guillermo Grajeda Mena. En ese tiempo el museo se había enriquecido con las obras de la colección Nacional que pasó a su poder de parte de la Escuela Nacional de Artes Plásticas.

Apenas cuatro años estuvo el museo en el referido local pues en 1957 el Gobierno por medio del Instituto de Antropología e Historia ordenó su desalojo para fundar en aquel edificio el Instituto V. Hall. De nuevo vinieron los vehículos de transporte y el museo siguió su vía crucis; unas piezas coloniales, al igual que las anteriores, fueron a parar hasta la Antigua Guatemala a formar las colecciones del Museo de Santiago, las de las Ruinas de Capuchinas, las del Museo del Libro Antigo, y las de la Iglesia del Calvario (Otra vez el Calvario!). El resto de las obras se reunieron en el Salón No. 3, de la misma Finca La Aurora; este salón más que todo es una galera, pequeña, vieja e inadecuada, ya no digamos para exhibir obras de arte, sino que hasta para archivarlas, pues es de madera y cuenta con más de treinta años de servicio, como archivo y como bodega de diferentes materiales y últimamente como museo. En este lugar de amenaza constante de destrucción, estuvieron hasta hace pocos días, obras de los artistas nacionales; Rafael Yela Günther, Alfredo Gálvez Suarez, Humberto Garavito, Guillermo Grajeda Mena, Dagoberto Vásquez, Roberto Ossaye, Arturo Martínez; así como de los artistas extranjeros: Picasso, Orozco, Siqueiros, etc.

En vista del peligro que corrían estas obras, los documentos y las reliquias históricas, en 1967 un grupo de personas amantes de las Bellas Artes, para ayudar a la Dirección del museo, fundó la Asociación de Amigos del Museo de Historia y Bellas Artes; y así vemos por segunda vez, en la historia de nuestro museo a otro grupo de personas luchando por salvar esta valiosa muestra cultural del país. Con esa interesante ayuda y el apoyo efectivo del Ministerio de Educación, del Consejo de Estado, que también intervino en este caso y del Banco de Guatemala, se logró el traslado del museo, en este año de 1970, al Salón No. 6, debidamente restaurado por el Comité Pro-Construcción de Escuelas y con instalaciones y montaje adecuados, de donde esperamos que si ha de salir algún día, ha de ser a un edificio diseñado especialmente, tal como lo soñó el desaparecido Arquitecto Mario Vinicio Asturias, y como lo hemos deseado todos los amigos del museo, pero ya no como Museo Nacional de Historia y Bellas Artes, sino como Museo de Arte Moderno, pues han de separarse las cosas de historia para formar otra institución específica, que amerita un tratamiento especial; y que así termine el vía crucis de nuestro museo.

Estos han sido los trastumbos que ha padecido éste museo, desde su nacimiento en El Calvario, hasta su muerte, resurrección y transfiguración en la Aurora. He aquí, pues, la rara historia de un Museo de Historia.